

# ERMILO ABREU GOMEZ Y EL INCIENSO DE LAS PAJUELAS

Margarita Paz Paredes

—“Que arda más alucema... Enciende otra pajuelita china... Me encanta su olor...”

Y así ardía la alucema y se encendieron las pajuelas, durante días y noches dolorosas, impregnando su habitación con un aroma de resinas antiguas, de aceites misteriosos, de mirras alucinantes.

Ahora, todavía ese perfume persiste en las sábanas, en las cortinas, en la devoción del espíritu y hasta en las lágrimas.

¡Quién no conoce las pajuelitas chinas! Delgadas, altas, verticales. Lenta, lentamente se van consumiendo; la ceniza permanece temblando, sin caerse, hasta que al fin se derrama en un montoncito leve, de pura y suave esencia.

Y él, Ermilo, era así. Frágil, delgado, casi etéreo, pero increíblemente vertical, sin que jamás un viento adverso pudiera doblegarlo.

Porque toda su vida y su actitud tuvieron esa integridad, esa incorruptibilidad, tan difícil de permanecer. No hablo de su obra como escritor, como ensayista, como creador; no hablo de su extraordinaria enseñanza como maestro de generaciones. Todo eso está ampliamente reconocido y yo soy la menos capacitada para valorarlo. Me refiero a sus ideales, a su responsabilidad y a su crítica como pensador y como hombre, frente a una sociedad que jamás se avino a su constante anhelo de justicia, de libertad, de dignidad humana.

Trabajó, escribió, expresó sus ideas, su verdad, con limpia, con valor y, sobre todo, con esa indignación que trasmisiva, que contagia, que iba más allá de las palabras.

Hasta los primeros días de su enfermedad asistió a sus clases de la Universidad de Toluca, de la Universidad de México, escribió artículos en periódicos y re-

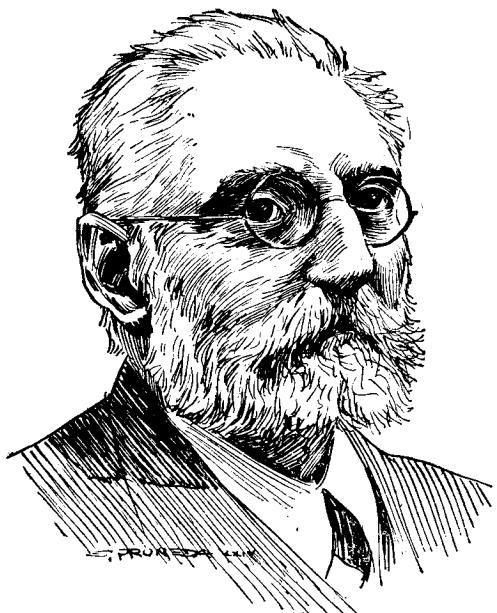
vistas, dio sus conferencias entre los estudiantes, los intelectuales y las gentes más humildes de los pueblos.

Viajaba en los autobuses, en los tranvías, entero siempre frente a la fatiga y bajo los aguaceros. No supo ni quiso acomodarse a lo fácil ni a la compra más sutil de su dignidad indiscutible y nunca estuvo de espaldas a su pueblo.

Dos meses permaneció en el Hospital 20 de Noviembre como cualquier enfermo y dos meses en su casa de San Angel. Lo veíamos consumirse día a día, pero su amor a la vida y sus reiterados proyectos de trabajo, lo sostienen con una vitalidad espiritual y con una lucidez admirables. Estuvo rodeado de verdaderos amigos y de satisfacciones que lo emocionaban. Cuando se le otorgó el Premio Suraski, se puso su bata de lana roja y sentado en su sillón, pálido y demacrado, todavía expresó entusiasmado su deseo eterno de viajar a España, visitar la tumba de Baroja y transitar la ruta de su amado Quijote.

Días más tarde, en su recámara de enfermo, postrado y con una voz que apenas se le oía, hablaba de la vida, de un mundo luminoso, con prados y jardines y de esa luz, de esa “más luz”, que Goethe pedía en sus últimos momentos. ¿A qué mundo se refería, a qué vida? Tal vez soñaba o presentía ese nuevo mundo, esa nueva sociedad que todos estamos esperando.

Se encendió la última pajuelita. Su ceniza caliente y aromática se mantuvo erecta. Ermilo respiraba más dificultosamente, hasta que a las 2.50 de la madrugada, su rostro pálido quedó sereno, suave, dormido. Las cenizas de la pajuelita cayeron en su bure y su perfume de resinas antiguas quedó flotando en el ambiente y en las almas, como un símbolo de viva presencia.



La tan traída y llevada generación del 98 que, sabido es, habría de dejar honda huella en el campo de las letras hispanas, hubo de merecer de don Pío Baroja, el comentario siguiente: "Yo siempre he afirmado que no creía que existiera una generación del 98. El invento fue de Azorín, y aunque no me parece de mucha exactitud, no cabe duda que tuvo éxito, porque se ha comentado y repetido en infinidad de periódicos y de libros, no sólo de España, sino del extranjero".

Creo que como componente que fue de la mencionada generación, es importante en verdad la opinión expresada por el ilustre novelista vasco. Sin embargo, en otro de los párrafos recogidos en sus "Memorias", escribe: "Yo he oído decir que la generación del 98 estaba formada por siete u ocho escritores: Azorín, Benavente, Maeztu, Bueno, Valle-Inclán, Unamuno y yo".

Así, pues, Baroja, con tal explicación, reconoce la existencia de aquella generación de literatos, enmarcados en una fecha clave de la vida española. Esos hombres, en un determinado momento de su periplo vital, coinciden en Madrid. Notorio es que le impulsaba el motor de un mismo ideal: escribir. Pero, en ese grupo de jóvenes autores, no hay el menor signo de similitud, en cuanto a escuela literaria. Nadie se parece a nadie. Cada cual ofrece el matiz de su propia y acusada personalidad. Lo que sí existe en ellos es el denominador común de amor a España. Este sentimiento será la fuerza aglutinante que habrá de quedar plasmado a lo largo de su quehacer literario.

## ESCRITORES DEL 98

Víctor Maicas

Unamuno, por ejemplo, esculpirá una frase que tendrá amplia resonancia en su obra toda. Encendido de amor a España, dirá: "Me duele España en el corazón".

En todos ellos está latente tal sentimiento de amor. Aunque por algunos pseudos escritores fuera injustamente zaherida la generación del 98, cierto es que ha sido y continúa siendo una de las más importantes de la época contemporánea. Surgieron a la luz de la literatura en un momento crucial de la Historia de España. Aquél era "el año de la derrota", según definición de un gran periodista que se llamó José Francos Rodríguez, quien escribiría: "...sólo la juventud literaria del 98 sintió el latigazo de la desventura nacional y tuvo señales manifiestas en la rebeldía, en la ira..."

A esos jóvenes escritores no les gustaba la España de su tiempo. Aspiraban a su transformación. Quizá por ello, pocos años más tarde, Antonio Machado, esbelta alma lírica, refiriéndose a una España nueva, en recios versos diría:

"Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre  
la voluntad te llega, irás a tu aventura  
despierta y transparente a la divina lumbre,  
como el diamante clara, como el diamante pura".

Así la quiere el poeta. Esos escritores, cuyo relevo aún no se ha efectuado, mantienen su total vigencia. Escribieron en unos tiempos donde todo se podía decir. Sin cortapisas. Sin tener el pensamiento enclaristrado. Recorrieron los caminos de la vieja y noble España. Se fundieron y confundieron con el pueblo, verdadero protagonista de nuestra historia. Y se adentraron en el cogollo de la raza. A este respecto tanto Baroja, como Unamuno y, naturalmente, Azorín, han dejado auténticas páginas antológicas.

Baroja, en su novela: "CAMINO DE PERFECCION", describe las andanzas de su personaje, Fernando Osorio, en su caminar por los pueblos de España. Asimismo, en "LA DAMA ERRANTE", el doctor Aracil y María, su hija, salidos de Madrid, en su huida a Portugal donde embarcarán rumbo a Inglaterra, será motivo suficiente para que Baroja, merced al artificio novelesco, nos hable de los escondidos pueblos españoles. Austeras parcelas de la tierra de España.

También, Unamuno, que en sus enjutas novelas prescinde del paisaje, lo describirá pictóricamente en su libro: "ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS". En el prólogo a esta obra, Unamuno, entre otras cosas, dice: "El que siguiendo mi producción literaria se haya fijado en mis novelas, excepción hecha de la primera de ellas en tiempo, de "PAZ EN LA GUERRA", habrá podido observar que rehujo en ellas las descripciones de paisaje..."

No obstante, en ese libro, recopilación de artículos publicados en distintos periódicos, que hacen referencia a "excursiones por ciudades y campos", Unamuno se presenta ante el lector como excelente descriptor de pueblos y gentes españoles. Es decir, que con los ojos muy abiertos y palpitante el alma, se adentra en la entraña de la tierra española. En él, como en Baroja y asimismo en los demás escritores de su generación, hallaremos la huella de su acendrado amor a España.

Y siempre será Machado, voz poética eternamente escuchada, quien escribirá páginas que todavía gozan de total actualidad. Soñará una España mejor. Una España, entonces, dormida, pero que por su redención, la desea ardientemente amanecida:

"Mas otra España nace,  
la España del cincel y de la maza,  
con esa eterna juventud que se hace  
del pasado macizo de la raza.  
Una España implacable y redentora,  
España que alborea  
con una hacha en la mano vengadora.  
España de la rabia y de la idea".

Azorín tal vez sea el escritor que con más hondura se adentró en el alma de Castilla. Con este título escribe un libro, cuyo prefacio se inicia diciendo: "Se ha pretendido en este libro aprisionar una partícula del espíritu de Castilla".

Sus visiones de los pueblecitos castellanos, acuarelas maravillosas donde se ha recogido algo tan sutil como es la esencia de las cosas, responde a esa constante. Azorín, como es bien sabido, llevó a sus libros de modo sintético y ameno, lo que otros escritores hicieron de modo plombeo y amazacotado, inspirando en la sensibilidad del lector el deseo de profundizar en las jugosas obras de Fray Luis de Granada, de Cervantes, de Quevedo, de Berceo y de tantos otros preclaros ingenios como pueblan la galería de nuestra literatura castellana. En "LECTURAS ESPAÑOLAS", en "AL MARGEN DE LOS CLASICOS", se advierte cómo Azorín encontró deleite espiritual saboreando las creaciones de los autores españoles y en bellas líneas condensa las sugerencias que le inspira la lectura de tan bellos libros y junto a esas opiniones y estudios ¡qué portentosas dotes de observación las suyas! Esa cualidad evocativa logra hacer revivir ante los ojos del lector, con ciertas frases elegidas, la silueta de un escritor que nos habla desde una lejanía de siglos y que, sin embargo Azorín nos lo hace actual.

Sus obras son el poema de España y sus semblanzas y reviviscencias de los grandes escritores habidos a través de los siglos son, también, la exaltación de los valores españoles.

Azorín, como Galdós, recorrió la Península de uno a otro extremo. Supo de los callados, nostálgicos, misteriosos pueblecitos. Anduvo todos los caminos y gozó contemplando los cielos y la tierra de la patria, porque Azorín fue fervoroso enamorado de España, de su España inmortal.

\* \* \*

He aquí, pues, que estos escritores del 98 sentían a España en las entretelas del corazón. Y a ella le dieron lo mejor de su espíritu. La España de sus sueños, ¿qué? Al menos, ellos, ahí están con sus inmortales obras, con sus manos abiertas para dejar caer la semilla y soñando, eso sí, en que un día habría de fructificar bajo cielos limpios, puros, libres...



Fue una mañana, en el tren, regresando á Madrid de un viaje que en 1886 hizo Castelar á Valencia, acompañado de varios amigos, y en el cual hubo día de pronunciar tres discursos en tres centros diferentes, cuando el que esto escribe, impresionado con varios hermosos párrafos que le oyó consagrados á España, dijo al inmortal tribuno que algún día procuraría reunir los que pudiera de cuantos hubiese hablado ó escrito, para formar con ellos una colección que sería como **devocionario sin igual para los españoles que comulgasen en la religión sublime de la patria**. Ha llegado la ocasión de realizar aquella promesa, hoy, cuando se aproxima el tercer aniversario de la muerte del hombre incomparable que llenó con su patriótica figura la España del siglo XIX, y con su oratoria sublime el mundo todo.<sup>1</sup>

Pero nadie que lea los divinos párrafos que forman el contenido de este libro, puede ni debe sospechar que pretendemos exponer, con ellos, el discurso doctrinal que á su autor hubo de inspirarle el concepto que entraña ese vocablo. No se trata de realizar empresa semejante, ni hay por qué llevar el pensamiento á ella con este motivo, pues el estudio hondo y amplio que el genial tribuno y publicista hubo de hacer sobre tan grandioso tema, registrado queda en la sorprendente odisea de su vida toda, en sus copiosos libros, en sus inmortales discursos, en sus hechos afamados, en sus atrevimientos y omisiones, en sus **primeros radicais revolucionarios y sus posteriores rectificaciones gubernamentales...** es decir, en cuanto pudo su existencia dar de sí, porque toda ella no fue otra cosa sino un poema consagrado á cantar el amor y el sacrificio que se deben á la patria.

Ahora no se trata de eso, ni de propósito alguno á fines sabios o analíticos encaminado, sino de juntar en una especie de breviario los principales de aquellos inspirados y grandilocuentes párrafos, donde con ocasiones varias, ya de un debate parlamentario, ya de un discurso de propaganda, ya de un brindis en gigantesco banquete, ya de una crónica periodística remitida desde el destierro, ya de un artículo doctrinal, ya de un libro... el más grande orador de la Edad Moderna expuso, con términos que por nadie sino por él, y en tiempo ninguno hasta hoy se emplearan, aquella su fundamental y suprema pasión que fue como el objetivo de su existencia, el nervio de su organismo mental y el alma madre de todos sus otros sentimientos.

\*  
\*      \*

# SOBRE CASTELAR

Angel Pulido

Abárquese con el pensamiento su vida y con ella toda su obra oratoria y publicista, y se advertirá que ningún afecto humano, ni ambición personal, asediaron á este hombre sino en tanto fueron un aspecto ó una forma, real ó simbólica, de esa pasión; y que sufria una idea fija, un culto idolátrico, un amor absorbente que le impulsaba sin descanso á componer bellísimas oraciones, que luego dedicaba como ramo de preciosas flores á su adorado ensueño.

Causa grande maravilla, cuando se leen sus estrofas, tanta rica variedad en la forma, expresando siempre un solo invariable sentimiento, diríase de ellas que son como sangría de oro purísimo que moldea variadas artísticas figuras, ó como filtración caliza de una gruta, que guarnece suelos y techos con sorprendentes magnificencias, expresando siempre la unidad de la materia en la variedad infinita de la forma. Verdadero kaleidoscopio donde los fragmentos coloreados de metal y vidrio se multiplican y combinan, reproduciéndose en imágenes infinitas hasta simular arabescos, flores, dibujos, siempre nuevos y lindos, así sus citas, sus invocaciones, sus frases amorosas y sentidas se agrupaban, combinaban y reproducían, formando sublimes oraciones, salmos nunca oídos, que explican los transportes y arrebatos que determinaban en sus oyentes, y por qué se alzaban en masa las Cámaras y los públicos, con tempestades de aplauso y orgasmos frenéticos que solamente viéndolos se podían concebir.

Nunca el encanto de la forma en lengua hispana conmovió los pueblos como cuando le recibieron de labios de Castelar, ni gozó nunca el hogar español, aun en las más humildes aldeas, tan viva y sublime la música y poesía de la prosa, inspirando en hombres y mujeres, en sabios e ignorantes, en ancianos y niños, un sentimiento de españolismo que hacia declamar párrafos, páginas, discursos enteros con altisonancias y enardecimiento que inflamaban los corazones con fuegos desconocidos, y arrebataban las almas con nuevos ideales.

Se explicaba este efecto porque, en la magnificación de la patria, Castelar lucía toda la más rica pedrería de su elocuencia incomparable, cuanto puede expresar de más arrobador el verbo humano: invocaciones y citas históricas de sabio, suspiros ardientes y temblorosos de alma enamorada, ternuras delicadísimas de madre, estros místicos de anacoreta, lamentos conmovedores de víctima, apóstrofes varoniles de luchador, cantos de esperanza y arrogancias homéricas de triunfo, sentencias profundas de filósofo y florígeras garrulerías de poeta; todo aparecía junto, hermoso, arrobador, en un párrafo duradero, sostenido, dicho con un léxico excepcional, con períodos armoniosos, con magnificencias oratorias que arrebataban los ánimos, y confundían á orador y oyentes en una consagración grandiosa y sobrehumana del espíritu.

Fueran cuales fuesen el tono y la clase de argumentación que Castelar viniera empleando en el des-

arrollo de su discurso, en cuanto evocaba la patria y se apercibía á exaltarla, su cuerpo, sus ademanes y su acento adquirían adecuada solemnidad; el orador se transfiguraba; unción sublime se apoderaba de su alma, y surgía la oración, porque aparecía el creyente, el místico, la pitonisa que siente dentro de sí las revelaciones de los dioses, y el iluminado dispuesto á todos los sacrificios.

Nos parece estarle viendo: Al sentir lo que era un verdadero conjuro de su espíritu, erguiase entonces dignamente su corto cuerpo ganando con la mayor estatura la mayor majestad posible de su físico; fijaba en el suelo la planta de sus pies; alzaba en actitud hierática sus brazos como apercibidos á taumatúrgicas consagraciones; reclinaba suavemente atrás su bien plantado y carnoso busto, quizás para recibir en su frente la luz increada del genio; clavaba en el espacio su vista, extática, como abismándola en impenetrables misterios y revelaciones de la historia hispana; balanceaba con leve y pausado movimiento su cerviz al compás de sus frases y así, en esta su peculiar actitud, pálido y contraído unas veces, arrebatado y ardiente otras, con anuncios de congoja y lagrimoso á menudo, rezaba, mejor que declamaba, aquellos divinos párrafos, largos, majestuosos, tan sentidos y arrobadores que sometían á los oyentes al conflicto de un goce y un tormento indecibles, palpitantes los corazones, escalofriados los nervios, desasosegados los músculos, víctimas de emoción profunda que pugnaba por estallar y había necesidad imperiosa de reprimir un minuto, y otro minuto, y otro minuto... hasta que llegaba aquel postrero, redondo y amorosísimo período que permitía abrir las esclusas del entusiasmo, y ahogar con frenéticos clamores, vítores y aplausos, sus últimas palabras.

Conservará por vida mi memoria entre las impresiones más grandiosas que he sentido, ante los cuadros sublimes de la Naturaleza, por ejemplo, las cimas heladas de las cordilleras del Jura, el cráter del Vesubio, las ruinas del Coliseo, las grutas de Artá, el Parlamento de Londres... la figura oratoria de Castelar en sus invocaciones á la patria, porque nunca la función sublime del verbo humano alcanzó, ni jamás alcanzará —¡seguro estoy de ello!— ante mis sentidos, tan extraordinaria encarnación, calificada por el elocuentísimo Maura de antorcha que irradiaba su luz sobre todos, y estatua que contemplaba el mundo entero.

\* \* \*

Pero quien haya de penetrar en la psicología de Castelar estudiando la razón de su especial patriótica figura, debe tener presente, entre otros factores de su complejión intelectual y sensitiva, su temperamento emocionable, y la evolución que sufrió su celebrado españolismo por las abrumadoras lecciones de la experiencia, forjada entre las hogueras revolucionarias de España.

Fué Castelar un individuo extremadamente sensible, muy emocionable, **pronto á la agitación y á la ternura**, cuyas delicadísimas vibraciones del alma, sinceramente ostensibles en la intimidad, refrenaba y encubría en los tremendo peligros y responsabilidades de la vida pública, manifestando, en cambio, aquellos arrestos y temeridades que dieron fama á su valor cívico, y hubieron de celebrar hasta sus propios adversarios.

Castelar en la intimidad revelaba tener una sensibilidad tan exaltada como la de una joven histérica, especie de caja de resonancia de sus impresiones, que así le hacían sufrir como gozar fuertemente, por ligeras que fuesen, induciéndole á las hipérboles y magnificencias que tan fácilmente expresaba su oratoria asiática, y con tanto éxito sugería á sus oyentes.

No bastando su asombroso lenguaje á menudo para desahogar las copiosas ternuras de su espíritu, rendíales ojos y laringe, y era presa de congoja y llanto, al que se entregaba con sencilla ingenuidad para calmar su emoción profunda. Así vertía sus lágrimas, no ya solamente cuando la muerte de seres queridos, y otros grandes sufrimientos parecidos, rinden los más firmes caracteres y desarticulan la entereza del estoicismo mejor templado, sino hasta cuando su alma sentía las sublimes abstracciones de la religión, la caridad, la historia, la patria, la madre, los lugares y recuerdos de la infancia, ó cualquiera de esos delicados ejes morales que forman los poderosos resortes del espíritu, y los sublimes ideales de la humanidad.

Quiero recordar y consignar aquí algunas ocasiones en que Castelar anegó materialmente su rostro con lágrimas copiosas, que un público pudo apreciar, y con ellas emocionarse tanto ó más que pudiera hacerlo escuchando sus más inspirados períodos.

Fué una en Valencia, cuando su viaje del mes de Marzo de 1888, una mañana en que acompañado de amigos y correligionarios, después de visitar la Lonja, el Mercado y la Audiencia, visitó la Casa de Misericordia. Como es de costumbre en estas visitas, escuchó ese fugaz examen que suelen hacer los profesores á los niños más locuaces y aplicados, curioseó con interés detalles referentes á la reglamentación de la enseñanza, y sintióse como penetrado de la obra de caridad, que, para bien de aquel batallón de tiernas criaturas, allí se daba. Llegó la ocasión de terminar, los alumnos de uno y otro sexo, agrupados en secciones formadas, debían partir ya para el comedor, y de pronto rompió á tocar un pasa-calle la banda de música de los asilados; y entonces, a su compás, en correctas filas, con ruidoso y uniforme paso militar, se pusieron todos en movimiento, atronaron el aire con infantiles coros que se unían al bronceado metal de la música, las secciones se enros-



caron en torno de Castelar y sus amigos para ganar la salida, y entonces sintióse tan conmovido y espasmodizado el gran tribuno, que los que miramos su rostro pudimos verle pálido, retraído y mojado por un copioso goteo de lágrimas que, resbalando precipitadamente, caían sobre las solapas de su abrigo, sin que sus labios acertaran á decir una sola palabra.

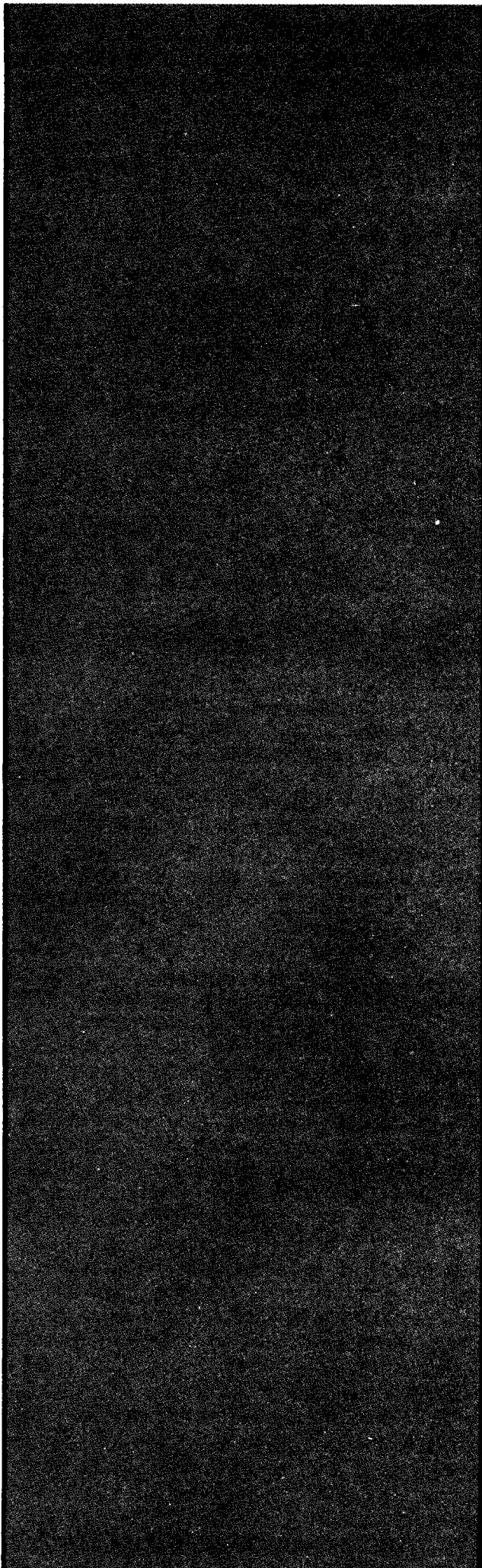
Era la tarde del 23 de Diciembre de 1891 cuando los correligionarios de Cádiz le daban un banquete de almuerzo en Jerez de la Frontera, y llegada la ocasión de los brindis hablaron los Sres. Luque, jefe del partido posibilista gaditano, Rodríguez de la Borbolla, que lo era del de Sevilla, y Jiménez Mena; mas como el primero se lamentara con sentidas y cariñosas quejas, de que la ciudad donde vió la luz Castelar no fuera visitada esta vez por su ilustre hijo, hallándose cerca de ella, hubo de responder éste en su notable brindis á tan justa reconvenCIÓN, y para expresar cómo adora y venera siempre el alma, sobre todos los demás lugares del planeta, aquél donde se vió la luz y se pasaron los primeros años de la infancia, elevó su pensamiento á sublimes cantos, y enardecióse con tan apasionadas y tiernas reflexiones que, atropellado por la congoja y el llanto, cortó de pronto su discurso, materialmente ya imposible de pronunciar, y desahogó con ruidosos sollozos y abundantes lágrimas la emoción que embargaba su alma. ¡No hay que decir cómo estariamos sus oyentes!

Fué otra vez en la mañana del 13 de Junio de 1897, día de la Santísima Trinidad, en la visita que hizo á la catedral de Toledo, que debió ser la última de las muchísimas que por vida hiciera á este afamado templo.

Sentía el eminente tribuno pasión grandísima por la antigua imperial ciudad, y en su templo se exaltaba de tal modo su espíritu, y evocaba tantos y tan augustos recuerdos históricos, que gustaba de enseñarla á los ilustres extranjeros, sus célebres amigos, cuando apetecía impresionarles con las grandes historias de España.

Le acompañábamos aquel día algunos amigos que habíamos ido de Madrid, y buen golpe de los que se habían unido en la ciudad, entre éstos su pariente D. Fernando Alvarez, á la sazón gobernador civil de la provincia; y muy de mañana habíamos examinado ya las principales maravillas y solemnes recuerdos, que con su habitual pericia y verbosidad nos enseñaba y explicaba, exponiéndonos una vez más aquel sublime cuadro que describió con inspirado párrafo en su monumental discurso de ingreso en la Academia de la Lengua. Las armonías del Renacimiento; los huesos de tantas generaciones sepultados bajo el suelo; los reyes y los próceres desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, y desde la gloriosa figura del cardenal Mendoza, hasta la trágica y decapitada del favorito D. Alvaro de Luna; los cambiantes de luz á través de los coloreados ventanales; las legiones de esculturas cinceladas por Felipe Borgoñes y Alonso Berruguete, los restos de los arzobispos que duermen y los cuerpos lapídeos de los arcángeles que velan; las ricas telas y vestiduras cuajadas de pedrería, los cuadros famosos y los retratos venerables; las tracerías de los alicatados muzárabes y los rosetones góticos... todo lo recorrió, examinó, explicó y magnificó con su palabra deslumbradora y su loca alegría infantil, con locuacidad exuberante, como colegial desenvuelto que desea lucir su sabiduría y desparpajo, saltando por contrastes desde la grandiosidad de la nave á la minucia del relicario, desde el rasgo moral del personaje fallecido á la delicadeza artística de la plata repujada, desde la luz de los cirios al símbolo de las esculturas... siempre inquieto, activo, golpeando cariñosamente en la mano al uno, dando codazos al otro, subrayando las observaciones, moviendo rápida su mano derecha, cuyo índice extendido apuntaba á mil sitios contrapuestos, esbozando contornos, trazando círculos, infundiéndo en cuantos le escuchaban aquella vida opulentísima de historia, artes, religión y psicología que brotaba á raudales de su alma entusiasta y resplandeciente.

<sup>1</sup> Debo consignar mi agradecimiento á la cooperación que me ha prestado el entusiasta y fidelísimo amigo de Castelar D. Pablo Turiel, quien, extraordinario conocedor de los discursos y escritos del inmortal tribuno, al extremo de que éste le consultaba cuando dudaba sobre circunstancias á ellos referentes, me ha proporcionado la mayoría de los fragmentos aquí coleccionados, y la comprobación sobre las fechas de su origen. Sin su concurso mi propósito hubiera tenido más limitado cumplimiento.



El día primero de abril de (1971) me escribió de Buenos Aires la pintora Norah Borges de Torre, hermana de Jorge Luis Borges y esposa de Guillermo de Torre: "Su carta para mi querido Guillermo le llegó tarde, pues él murió el 15 de enero, a la madrugada. Comprenderá usted todo lo que hemos pasado. Guillermo estaba muy enfermo del corazón, de las arterias, y también de esa úlcera a la vista que le hacía sufrir mucho. Esa tarde que usted pasó aquí fue muy linda para nosotros. Guillermo tenía gran devoción por "su amigo lejano" y cuánto le hubiera gustado leer el interesantísimo artículo sobre Lorca y Machado que usted le envió". Esta carta me dio un gran golpe. Me traía la triste noticia de la muerte de un gran escritor español-argentino, al que admiraba inmensamente. Un hombre al que debo mucho en mi formación espiritual. Momento inolvidable el de esa tarde de Buenos Aires, en que subí a su apartamento, en la avenida Suipacha. Tenía ante mí a un amigo de muchos diálogos a la distancia. Hace años, tuve con él un coloquio sobre Federico García Lorca, su hermano de generación. En esa tarde de Buenos Aires, Torre me dijo algo que ignoraba: se licenció en derecho, por la Universidad de Granada, el mismo día en que Lorca terminó también su curso. En las estanterías, toda una hilera de libros de Lorca y sobre Lorca. No faltaban, claro es, los volúmenes de las *Obras completas* de Lorca, edición Llosada, preparadas por el mismo Torre. ¡Libros a los montes, como los recuerdos! El tiempo corría.

Después de esta triste noticia, tuve la oportunidad de enviarle a Norah Borges mi artículo "Jorge Luis Borges, argentino universal, recuerda a Antonio Ferro". Norah de Torre volvió a escribirme una carta que, por sus preciosos datos, no encierro entre las confidencias de un cajón: "Recibí su carta con su recuerdo de mi querido Guillermo, que tanto agradezco. Leí con mucho interés su magnífico artículo sobre mi hermano y sobre Antonio Ferro, que guardo para dárselo a Jorge Luis, cuando vuelva de su largo viaje. Fue en 1923 o 1924 cuando estuvimos en Portugal, un país que nos encantó y que no olvidaré nunca. Veníamos de España y habíamos estado también en Inglaterra, en Suiza y en Francia. Guillermo vino a Lisboa a despedirnos al barco. El también era muy amigo de Antonio Ferro. ¡Qué tiempos lejanos! Entonces, Guillermo y yo estábamos de novios. Tuvimos que esperar todavía cuatro años para que él terminara su carrera de abogado y sus estudios diplomáticos, para que pudiera venir a Buenos Aires y casarnos". El tiempo sobre todas las cosas. Hoy, la figura de Guillermo de Torre pertenece al patrimonio cultural del mundo. No fue sólamente el mejor crítico literario del siglo actual en lengua española (y no digo en España y sólo España). Fue un espíritu brillante y fino, de lo mejor que produjo en este siglo la ciencia literaria, en muchos continentes (¡Y Torre, a pesar de todas sus perfecciones, no creía en la existencia de una "ciencia literaria"!). Sus amigos y admiradores eran hombres como Pablo Picasso, Paul Valéry, Hules Supervielle, Freud, León Felipe, Ortega y Gasset, Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, André Gide, Valéry Lar-

# \* GUILLERMO DE TORRE \*

## CRITICO INOLVIDABLE



baud, Jean Cocteau, Jorge Guillén, J. Middleton Murry, etcétera.

En un artículo publicado sobre su muerte, en la revista "Sin nombre" (Puerto Rico, número 3, 1971), escribió el crítico andaluz José Luis Cano: "Pero siempre su crítica fue serena y se vio acompañada por la claridad y precisión del estilo y por la exactitud de la información, aunque no se preciara de eruditio. Era proverbial su completísimo conocimiento de las principales literaturas europeas y americanas y su estar al día en las corrientes literarias y estéticas de nuestro tiempo. Su nutritísima bibliografía, unos treinta libros de crítica literaria y estética —es buen ejemplo y demostración de ello".

No se puede hacer mayor elogio a un crítico que el dedicarle el adjetivo de sereno. Mejor aún, substancializar su persona y armonía, su amplitud de conocimientos y arsenal de sensibilidades, con el adjetivo de la serenidad. Aquella atmósfera de "au dessus de la mêlée" que singularizó a Goethe. Aquel fue el de la balanza que también es el ideal de la justicia en los tribunales que "juzgan" al prójimo, símbolo de los platos que se equilibran en un llamamiento hecho también a la serenidad. Precisamente uno de los libros de Torre se llama *El fiel de la balanza* (Taurus, Madrid, 1961. 220 páginas). Un fiel de balanza para demostrar el equilibrio y la ponderación. Una distancia media entre polos opuestos y antagónicos, el juicio decisivo sin la pasión de los bajos instintos (y, a veces, un intelectual es más instintivo que un toro bravo, y su inteligencia y cultura una navaja criminal contra todo lo que no sea de su "ideología").

Uno de los últimos libros de Torre, *Doctrina y estética literaria* (Guadarrama, Madrid, 1970), trae un prólogo suyo que es espejo de estas cualidades de autorreconocimiento. En ese prólogo, dice Torre —"Esquema de mi autobiografía espiritual"— que la crítica literaria se mantenga dentro de su órbita, evitando las incursiones extrafronterizas, salvo en el espacio muy elástico del ensayismo, cuidando, en suma, en no convertir el texto en pretexto para caprichosas divagaciones sin enlace con el punto de partida". Encima de todo, la función no herida por la tendencia del crítico a no hablar del criticado, sino de sí mismo.

Para un portugués, Guillermo de Torre no puede ser representado sin una sincronización temporal y espiritual con los hombres de la generación de la "Presencia". Si no hubiera nacido en España, sino en Portugal, hubiera sido un compañero de Adolfo Casaes Monteiro, de Joao Gaspar Simoes, de José Régio. Pero, a pesar de no ser portugués, cabe íntegramente a su valor el ser caracterizado como "presencista". ¿Qué significa esto? Sólo algo que es muy simple y muy difícil: mantener la libertad del espíritu. Mantenerla contra todos los extremismos: contra la "modernolatría" (sólo lo que es moderno tiene mérito) y contra la "vetustofobia" (un término inventado por Torre), el tener un enojo indiscriminado contra todo lo que sea del pasado. Esos esclarecidos lusitanos de la "Presencia" no sólo amaron el presente moderno, sino que tampoco odiaron sólo al



pasado. No cayeron en ninguna idolatría (del presente o el pasado). Tan sólo como ejemplo, tenemos a José Régio que interpretó con amor a un Camoens ido, un Camilo pretérito, un Julio Dinis tradicionalista...

En términos portugueses comprenderemos mejor a Torre, si lo definimos como "presencista". Simplemente, en este crítico, jamás deformado por una ideología apriorística y permanentemente suprasistemático, había algo más evidente que en los hombres lusos de la "Presencia": su afán por revelar la unidad esencial de la cultura occidental. Creo que el haber dejado en 1928 España por Argentina (un país abierto a las emigraciones y todas las culturas) fue sólo una ventaja cultural para un espíritu tan curioso e informado de lo "extranjero", como lo era ya el Torre puramente hispánico.

Su cuñado, el famoso Jorge Luis Borges, con ironía, dijo alguna vez: "nosotros, los argentinos, somos también provincianos; pero no tanto como los europeos; estos son provincianos de un solo país". Siguiendo este criterio borgiano, Torre, que vivía en la Argentina, se hizo menos provinciano y más abierto a las diversas culturas occidentales y a sus transformaciones por otros pueblos. Un Torre, no envenenado por cualquier nacionalismo, un Torre, bien de este siglo de la relatividad (no hay valores absolutos). Este espíritu no les faltó a los lusitanos de la "Presencia". También notaron la interrelación de las culturas y no sufrieron ninguna limitación nacionalista; pero fue un espíritu mucho más notorio en Guillermo de Torre. Tal vez por eso era torre. Aquella "torre" que canta Goethe en "Fausto": "Nací para ver,/ mi destino es mirar.../ el ojo distante/ Miro al prójimo,/ la luna y las estrellas,/ la selva y la corza". Una torre alta y de horizontes infinitos.

Esta semana me llegó de Madrid un libro póstumo de Guillermo de Torre: "Nuevas direcciones de la crítica literaria" (Alianza Editorial, Madrid, 1970. 212 páginas).

Torre lo organizó en vida, lo prologó; pero la verdad es que sólo después de su muerte reciente, este libro, cúmulo de su saber crítico, llegó a circular. Recomiendo su lectura a todos los interesados luso-brasileños en materia de "ciencia literaria". Su título sugiere que Torre sólo trata de las corrientes críticas consagradas de nuestro tiempo; pero no es así. Este libro, en realidad, es una sinopsis de la evolución de la crítica a través de todos los tiempos. Un libro que todo universitario tiene la obligación mental de leer. "La selva salvaje es áspera y fuerte", de las innumerables corrientes de la crítica. Y un Torre, sabio y prudente no se pierde en esas selvas, ni nos hace tampoco perdonos. ¿Será que Torre, por medio de su extraordinaria exposición de los muchos sistemas críticos, busca, en forma callada, inducir al lector al repudio y a una elección (coincidente con la suya)? Lejos de su espíritu, que también respeta la libertad de espíritu de terceros, una apologética. En la página 188 leemos: "más me interesa afirmar que así como no hay una crítica objetiva, tampoco puede existir una crítica de la crítica despersonalizada, es decir, un libro secamente expositivo contaminado por los gustos y preferencias o rechazos



Guillermo de Torre en su juventud



del expositor". Sí, es muy cierto que Torre nos va mostrando a un Guillermo de Torre, al comentar un determinado sistema o crítico. Notamos esto, sobre todo, al versar en el "new criticism" americano o la crítica estructuralista o la estilística científica, etc.; pero nunca pierde la serenidad que le reconocen José Luis Cano y la totalidad de sus admiradores. Torre no se despersonaliza a lo largo de su libro, haciendo un libro secamente expositivo", sino que, si existe algún parcialismo en su obra (que se debe a que el expositor es también un crítico y qué crítico!), no lo conduce a alguna frustración por la deformación. Ningún proselitismo corrompe su libro, como tampoco padece de ningún didactismo. De ahí su fascinación permanente. Descubriendonos tantas teorías, también nos va describiendo Torre su posición de crítico. Por fin, viene la revelación: Guillermo de Torre es lo que se puede llamar "crítico integral". Y aquella crítica (huyo del término de "recomendable", busco antes el de "electiva"), como serena corona, serena de muchos procedimientos y perspectivas. ¿Qué significa esto de "crítica integral"? Le cedo la palabra a Torre: "No una suma de elementos procedentes de distintas ramas, sino una integración donde lo más valedero de cada criterio quedará fundido y representado. ¿Supuesto utópico? Sin duda. Pero su aplicación y estudio sería la única forma de curarnos de algunas estrecheces, eliminando anteojeras y viendo el fenómeno literario en todas sus dimensiones. Un factor complementario habría de ser la extensión de la crítica comparada, con lo cual los horizontes nacionales perderían su angostura; sobre todo, los telones de los nacionalismos asfixiantes se vendrían abajo. Si la crítica de jerarquía no debiera limitarse a un solo método (sospecho la objeción de algunos: ¡Y ya es bastante!), tampoco debiera constreñirse a las fronteras de una sola literatura".

He ahí lo que un crítico genial quiso decir al final de su vida: no seamos provincianos de un solo método, discípulos de una sola escuela, nacionalistas de un solo horizonte. Ese crítico se llamó Guillermo de Torre. Exactamente aquella Torre de que habla Goethe en su "Fausto", con inmensa curiosidad para todos sus anchos horizontes, desde la estrella, tan lejos de nosotros, hasta la selva, aquí, tan cerca.

Podría decirse, que una tal crítica integral sólo puede ser manejada por hombres fecundos y sabios, como Guillermo de Torre. ¡Los horizontes anchos existen; pero también se hacen y cuánto cuesta abrirse camino! ¿No pasará de ser una ilusión esa crítica que condensa la experiencia válida de todas las corrientes críticas? ¿Acaso se alcanzará una "integralidad" programática? ¿No será como decir: la mujer bella es la que reúne la belleza dispersa de todas las mujeres bellas; pero no tan bellas como lo es esa mujer, de belleza "integral"?

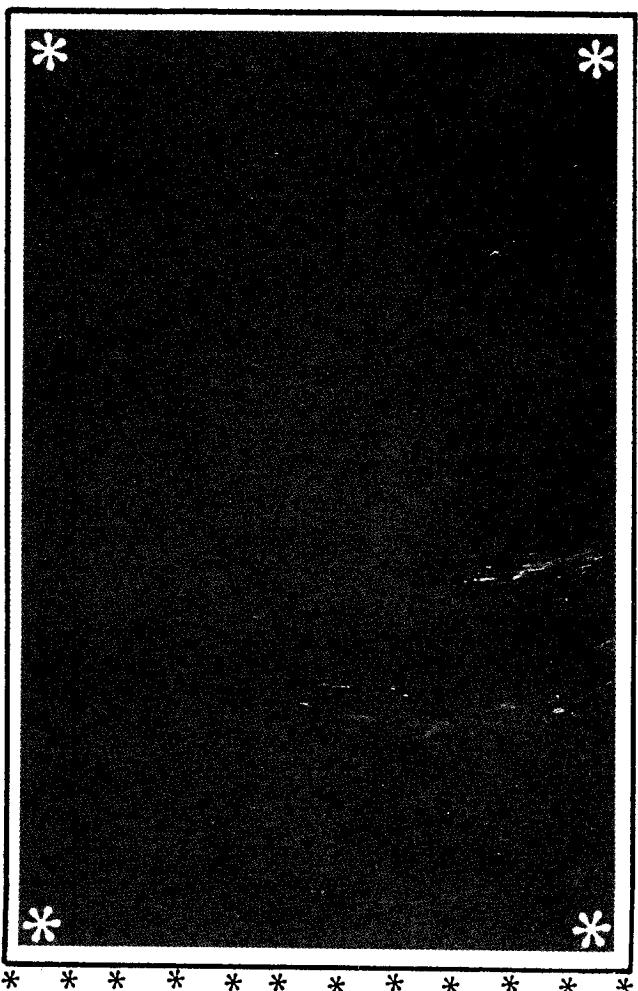
Concuerdo con Guillermo de Torre y con este su libro, tan libre y alentador.

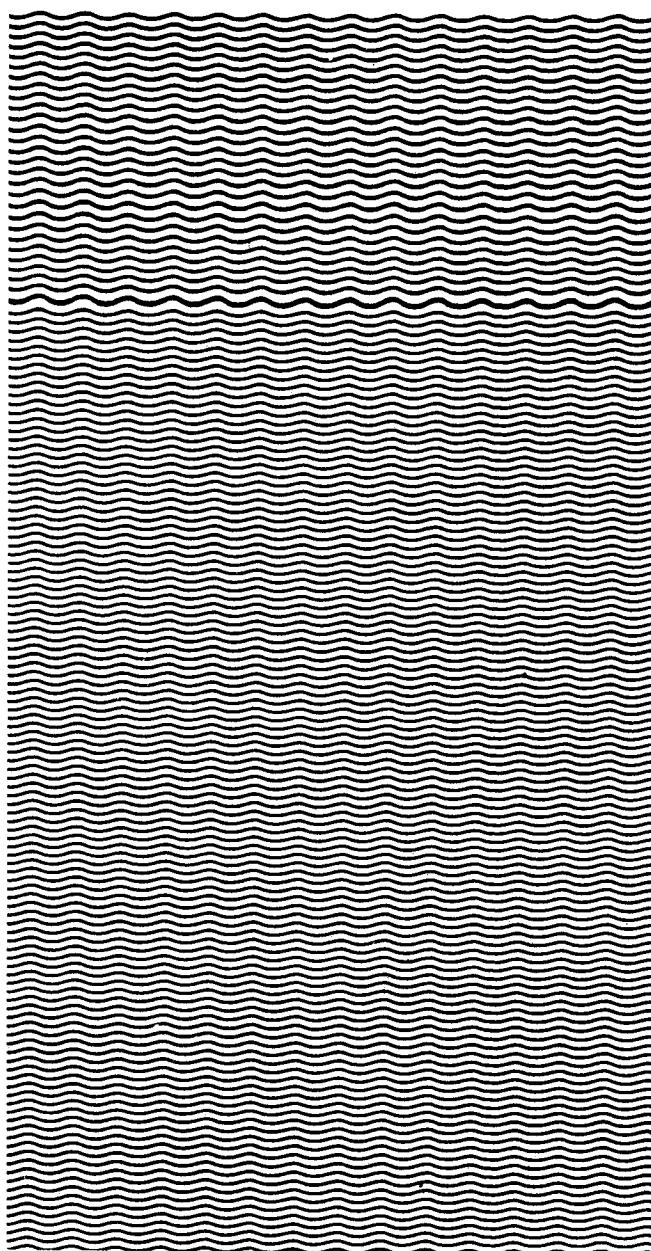
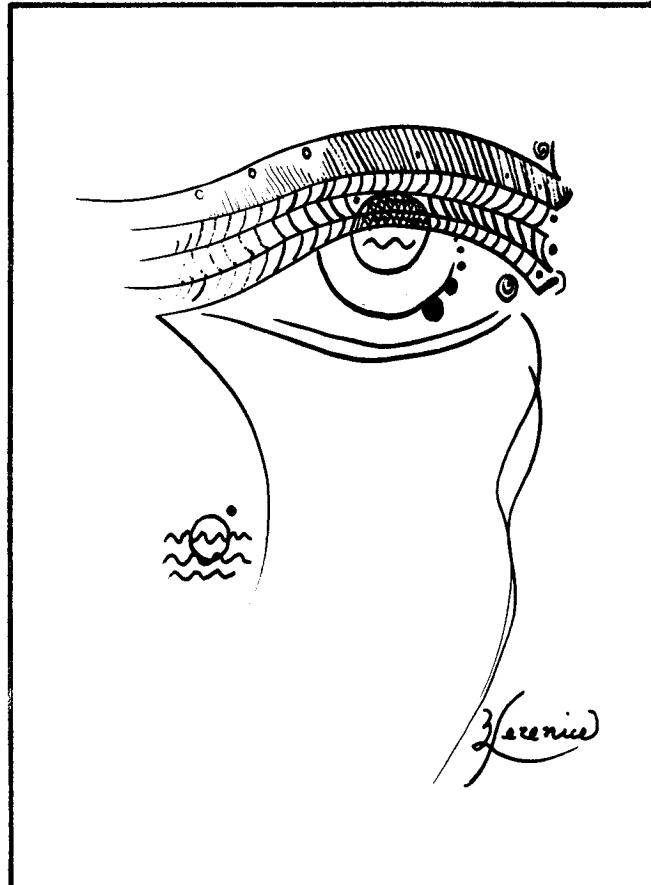
Lo que es propio del espíritu humano y el "plus ultra", el no quedarse donde pongan un punto final las Columnas de Hércules, donde el Adamastor decía no. "¿Quién es el que osó entrar/ en mis cavernas que

no descubro/ mis techos negros del fin del mundo?", dice el Mostrencu, cantado por Fernando Pessoa. Al Mostrencu, le respondió Vasco da Gama: "Aquí, al timón, soy más que yo mismo:/ soy un Pueblo que quiere el mar que es tuyo/ .../ Manda la voluntad que me ata al timón".

Esa "crítica integral" es el Mostrencu que desafía todo crítico de nuestro tiempo. Que tenga el crítico "voluntad" para vencer al Mostrencu, y el mar puro, azul y tolerante de esa crítica integral será suyo. Un desafío que no es fácil para cualquiera que se embarque en las naves de la crítica. Vasco da Gama llevaba sus aparejos científicos, una atención que no dormía de noche y un libro de a bordo o de vigilias. Cada crítico, para derrotar al Mostrencu, y hacerlo suyo, tendrá que "informarse" como lo hizo Gama, por medio de las cartografías más diversas de su tiempo, y mantenerse con todos los instrumentos válidos de la ciencia, sin repudiar nada, integrándolo todo. ¡Este sueño fue el que nos dejó un soñador tan realista y concreto como Guillermo de Torre! ¡Qué triste espectáculo el de un hombre solo con "su" verdad! ¡Qué mayor honra que haya existido un Guillermo de Torre, hombre de muchos hombres, con su verdad fabricada con la verdad de muchas otras verdades! ¡"Nuevas direcciones de la crítica literaria es, ciertamente, un testamento de un espíritu elevado!"

\* \* \* \* \*





ESTUDIO • JOSE GOROSTIZA

Tenemos ante nuestros asombrados ojos al poeta que bien puede llamársele "el poeta del agua": Narciso, que ama el líquido vital como a su propia imagen y sufre cuando esta imagen de agua se enturbia:

**¡No tirar piedras, niño,  
contra la superficie de un estanque!**

¿Narciso dijimos?

Lleno de mí, sitiado en mi epidermis  
por un dios inasible que me ahoga,  
mentido acaso  
por su radiante atmósfera de luces  
que oculta mi conciencia derramada,  
mis alas rotas en esquirlas de aire,  
mi torpe andar a tientas por el lodo;  
lleno de mí —ahito— me descubro  
en la imagen atónita del agua.

\* \* \*

Más amor que sed; más que amor, idolatria,  
dispersión de criatura estupefacta  
ante el fulgor que blande  
—germen del trueno olímpico— la forma  
en sus netos contornos fascinados.  
¡Idolatria, si, idolatria!

Nos dice Sócrates en el *Ion* que "todos los poetas tratan las mismas cosas". Y lleva razón porque la poesía es el mensaje del inconsciente humano. Veamos este "haiku" japonés:

**¡la vieja alberca!  
Una rana se zambulle.  
¡Ruido de agua!**

Nos dice Martí Ibáñez (MD en Español, Septiembre 1970) que: "Para un japonés, el efecto poético depende en gran parte del uso de la onomatopeya, con la repetición en la versión japonesa del sonido de la "o" corta cinco veces, que sugiere a quien lo escucha el ruido del agua cuando salta la rana".

Es evidente que todos los poetas se dan en sus versos líquido en forma de bellas rimas, rimas de leche, miel o agua:

No es agua ni arena  
la orilla del mar.

\* \* \*

como el agua reida de burbujas  
donde los peces de colores juegan.

\* \* \*

¡Qué muros de cristal, amor, qué muros!  
Ay ¿para qué silencios de agua?

\* \* \*

mirala cómo traza  
en muros de cristal amores de agua!

\* \* \*

Conforme en todo al movimiento  
con que respira el agua...

\* \* \*

Tus ojos eran mi aire y mi fuego,  
pero también mi agua,

\* \* \*

en donde el ojo de agua de su cuerpo  
que mana en lentes ondas de estatura  
entre fiebres y llagas;

\* \* \*

Ay, pero el agua,  
ay, si no huele a nada.

\* \* \*

Pobrecilla del agua  
ay, que no tiene nada,  
ay, amor, que se ahoga  
ay, en un vaso de agua.

Pero leamosle un "haiku" a Gorostiza:

Ruedan las olas frágiles  
de los atardeceres  
como limpias canciones de mujeres.

Los poetas se dan a sí mismos líquido porque tienen sed, ya que en su primera niñez se adaptaron a la idea de morir de hambre o de sed:

Sabe la muerte a tierra,  
la angustia a hiel.  
Este morir a gotas  
me sabe a miel.

\* \* \*

Nadie pidiera mi sangre  
para beber.  
Yo mismo no sé si corre  
o si deja de correr.

\* \* \*

Tu destrucción se gesta en la codicia  
de esta sed, toda tacto, asoladora,

\* \* \*

qué agua tan agua,  
está en su orbe tornasol soñando,  
cantando ya una sed de hielo justo!

\* \* \*

angustias secas como la sed del yeso.

\* \* \*

el agua toma forma  
—ciertamente.  
Trae una sed de siglos en los belfos,  
una sed fría, que era cauces...

Veamos este soneto:

¡Agua, no huyas de la sed, detente!  
Detente, oh claro insomnio, en la llanura  
de este sueño sin párpados que apura  
el idioma febril de la corriente.

No el tierno simulacro que te miente,  
entre rumores, viva; no, madura,  
ama la sed esa tensión de hondura  
con que saltó tu flecha de la fuente.

Detén, agua, tu prisa, porque en tanto  
te ciega el ojo y te estrangle el canto,  
dictar debieras a la muerte zonas;

que por tu propia muerte concebida,  
sólo me das la piel endurecida  
¡oh movimiento, sierpe! que abandonas.

Hemos probado el agua y descubierto la sed, pero  
¿cómo se formó ese deseo inconsciente de morir de  
sed? Interpretemos al poeta:

En el espacio insomne que separa  
el fruto de la flor, el pensamiento  
del acto en que germina su aislamiento,  
una muerte de agujas me acapara.

\* \* \*

No obstante —oh paradoja— constreñida  
por el rigor del vaso que la aclara,  
el agua toma forma.  
En él se asienta, ahonda y edifica,  
cumple una edad amarga de silencios  
y un reposo gentil de muerte niña,

\* \* \*

El aire se coagula entre sus poros  
como un sudor profuso  
que se anticipa a destilar en ellos  
una esencia de rosas subterráneas.  
Los crudos garfios de su muerte suben,  
como musgo, por grietas inasibles,

\* \* \*

Porque en el lento instante del quebranto,  
cuando los seres todos se repliegan  
hacia el sopor primero  
y en la pira arrogante de la forma  
se abrasan, consumidos por su muerte...

\* \* \*

y así la arena de arrugados pechos  
y el humus maternal de entraña tibia,  
ay, todo se consume  
con un mohino crepitante de gozo,

Pero el poeta como todo escritor se defiende de  
este deseo inconsciente de morir, dándose a sí mismo  
agua: palabras.

¡Qué muros de cristal, amor, qué muros!  
Ay, ¿para qué silencios de agua?  
Esa palabra, si, esa palabra  
que se coagula en la garganta  
como un grito de ámbar...

\* \* \*

Que si me vienen ganas de llorar,  
quiero tener azules las ideas,  
y en mis palabras el sonar  
de las mareas.

Pero entendamos que el poeta se da a sí mismo  
palabras de agua, miel y leche para defenderse de la  
muerte. Todo poeta, como Narciso, está cerca de Tánatos:

Yo sólo me miro  
por cosa de muerto;  
solo, desolado,  
como en un desierto.

\* \* \*

porque tus ojos eran  
mi aire  
mi fuego  
y mi agua,  
pero también  
mi tierra.

\* \* \*

Porque los bellos seres que transitan  
por el sopor añocho de la tierra  
—¡trasgos de sangre, libres,  
en la pantalla de su sueño impuro!—  
todos se dan a un frenesi de muerte,

\* \* \*

¡Tan-tan! ¿Quién es? Es el Diablo,  
es una espesa fatiga,  
un ansia de trasponer  
estas lindes enemigas,  
este morir incesante,  
tenaz, esta muerte viva,

\* \* \*

**Desde mis ojos insomnes  
mi muerte me está acechando,  
me acecha, si, me enamora  
con su ojo lánguido.**

Y este amor que el poeta le tiene a la muerte se encuentra con el reproche del daimonion (el diablo) hasta en los sueños y entonces sobrevienen las pesadillas para demostrar que no se goza sino que se sufre:

largas cintas de cintas de sorpresas  
que en un constante perecer enérgico,  
en un morir absorto,  
arrasan sin cesar su bella fábrica  
hasta que —hijo de su misma muerte,  
gestado en la aridez de sus escombros—  
siente que su fatiga se fatiga,  
se erige a descansar de su descanso  
y sueña que su sueño se repite,  
irresponsable, eterno,  
muerte sin fin de una obstinada muerte,

\* \* \*

**El sueño es cruel,  
ay, punza, roe, quema, sangra, duele.  
Tanto ignora infusiones como ungüentos.**

¿Pero cómo sabemos que reprocha el daimonion?  
Veamos: ...el río hostil de su conciencia.

Claro está que muchos poetas ante la perspectiva de morir-dormir sufren insomnio, pero un insomnio fructífero:

**¡Qué trebolar mullido, qué parasol de niebla,  
se regala en el ánimo  
para gustar la miel de sus vigilias!**

Es pues la existencia del poeta una lucha entre Eros y Tánatos:

**la sorda pesadumbre de la carne,  
sin admitir en su unidad perfecta  
el escarnio brutal de esa discordia  
que nutren vida y muerte inconciliables.**

Recordemos el poema de Sor Juana "Dime vencedor rapaz":

**En dos partes dividida  
tengo el alma en confusión.**

Y como el verdadero poeta, intuye Gorostiza el lazo agresivo-amoroso con el lazo culpable-masoquista:

**En el lago, en la charca, en el estanque  
en la entumida cuenca de la mano,  
se consuma este rito de eslabones,  
este enlace diabólico  
que encadena el amor a su pecado.**

El poeta ante el reproche demoniaco de que desea morir siente un placer inefable al aceptar su adaptación masoquista, mismo placer que experimenta el verdadero cristiano cuando pone la otra mejilla, cuando se niega a sí mismo, cuando ama a su enemigo.

**ay, esta muerte insultante,  
procáz, que nos asesina  
a distancia, desde el gusto  
que tomamos en morirla,**

\* \* \*

**En los sordos martillos que la afligen  
la forma da en el gozo de la llaga  
y en el oscuro deleite del colapso.**

\* \* \*

**cuando la forma en sí, la forma pura,  
se entrega a la delicia de su muerte..**

Recordemos a Díaz Mirón en su "Ecce Homo":

**Sé que la humana fibra  
a la emoción se libra  
pero que menos vibra  
al goce que al dolor.**

Evoquemos a Juana Inés en su "Finjamos que soy feliz":

**¿O por qué, contra vos mismo  
severamente inhumano  
entre lo amargo y lo dulce  
quereis elegir lo amargo?**

#### **Epílogo sobre un prólogo:**

Para intentar conocer a los poetas hay que leer a Sócrates en su *Apología*: "Entonces comprendí que no por sabiduría escriben los poetas poesía, pero por una especie de genio e inspiración: ellos son como adivinadores y profetas quienes además dicen muchas sabias cosas, pero que no entienden el significado de ellas".

Gorostiza esto lo confiesa: "No sé lo que la poesía es. Nunca lo supe y acaso nunca lo sabré" pero reconoce que "El poeta no puede, sin ceder su puesto al filósofo, aplicar todo el rigor del pensamiento al análisis de la poesía. El simplemente la conoce y la ama". Intuye la relación que existe entre la alimentación y la poesía, pero no la explica: "La poesía y la arquitectura, al igual que la poesía y el canto, se amamantaron en los mismos pechos". Encuentra semejanzas estéticas: "la poesía es música y, de un modo más preciso, canto". Y además con las palabras: "...así como Venus nace de la espuma, la poesía nace de la voz".

Este sensible poeta nos demuestra cómo se da para sí bellas palabras e ideas que son agua, leche y miel dulcísimas de las que en su niñez careció. Oigámoslo: "la poesía es como un túnel secreto que nos permite escapar de nuestras prisiones, de la fealdad y el horror circundantes, hacia infinitas llanuras iluminadas por el esplendor de lo bello".

Si para Gorostiza la poesía es agua, la historia de la poesía, nos dice: "sugiere la imagen de una corriente, un río cuyas ondas emergen al empuje de la masa de agua que las hunde, en seguida, en la disolución".

Es pues el poeta, el Narciso que no pierde su sentido de omnipotencia: "Ha de sentirse el único en un mundo desierto, a quien se concedió por vez primera la dicha de dar nombres a todas las cosas". Pero es el Narciso que ante el peligroso estanque puede valerse de su proyección estética para no ahogarse. Escuchemos a Gorostiza cuando nos habla del "espíritu humano que, inmóvil, crucificado a su profundo aislamiento, puede amasar tesoros de sabiduría y trazarse caminos de salvación. Uno de estos caminos es la poesía".

Agradezcámosle profundamente al poeta Gorostiza todo lo que hizo por no caer tempranamente en manos de la muerte.

## LA FUENTE TURBIA

Entre el Pico Medio Dia  
y la Reboria a la espalda  
yace el pueblo de Piñeres  
entre campos de esmeralda  
sus fuentes tan cristalinas  
suspiros al cielo lanzan  
mientras pájaros cantores  
murmuran, rien y cantan  
a la moza que venía  
a beber cada mañana  
agua de perlas tan pura  
como una rosa temprana.  
Ahora el agua baja turbia  
toda es barro, toda es lama  
que un amante que tenía  
la oscureció una mañana  
y ella llorando pregunta  
a la fuente que adoraba  
¿cómo está el agua tan turbia  
el agua que tanto amaba?  
Y la fuente le contesta  
dándole un beso en la cara  
no llores que ya quedó  
para ti siempre enturbiada.

## Sofía Acosta

### RIO HECHO DE AZUL, EL RIO MIO

Piedra de fuego soy, rabdomante precisa  
que te ausculta y descifra  
tus perfiles, tus huellas,  
tus siglos en mis días.

Penetrada de tí voy y regreso  
a los claros remansos, busco el último adiós  
y me reencuentro.

Allí me identifico con tu canto.  
Con tu raíz sin tiempo y de ternura.

Tal vez tengo un presagio de retorno.

Soy  
casi feliz criatura de tu hechura.

Río hecho de azul, el río mío,  
con sus ciclos de pájaro y serpiente,  
de vida y muerte tatuando las orillas.

Cuántas veces diré, hasta que vuelvas.  
Cuántas vendrás a mí para alejarte  
azul, azul, hasta sentirte noche.

### NIÑO DEL RIO

Te veo en oscuras mañanas de frío  
cuando hasta los soles sienten el invierno  
y maduran tardos sobre nuestro río.

Brilla tu canoa con plata de escamas  
que premia fatigas de tu carne rosa  
azul por la escarcha.

Ayer.

Hoy.

Mañana de iguales jornadas.  
¿Habrá alguna aurora, pescador del río,  
que te encuentre niño?

# Alfonso Cadalzo Ruíz

## ESPECTROS

Espectral es mi poesía que se niega a sí misma,  
olvidando las demás.

Espectrales los sueños de los que no piensan,  
sonámbulos peregrinos de la noche.

Es un espectro la silueta de la mujer soñada,  
prefabricada con mordeduras en sus ideales carnes.  
Son espectros los poderosos  
de ayer, hoy y mañana; aplausos de épocas transitorias.

Un espectro lo es el alma,  
que algunos llaman conciencia.

Y así sin más verdades que las mentiras,  
son todas las cosas, vivas o muertas,  
en la singular clasificación de los primeros espectros  
de la naturaleza, llamados seres humanos.

## EL POEMA DE MEDIA NOCHE

Es de noche. El mundo duerme.  
Y frente a mi cama medito  
el por qué de la tragedia  
que hoy sacude mi destino.

Mi guitarra llora... Ahora espero  
la melodía que jamás nadie ha escuchado,  
el estrépito inmenso del silencio  
y la nostalgia viva de un idilio.

La interpretación vaga del placer  
y la compañía nocturna  
se confiesan en voz baja sus pecados y  
(caprichos).

Es de noche... Y en medio de la soledad  
estoy tranquilo...  
porque ya conozco el final incierto  
de este mundo mientras estoy dormido.

## ALGO

Gústame algo que derraman los intranquilos mares,  
no son sus olas pasajeras que se pierden en la arena,  
ni su amargo sabor semejante a mi vida.

Es su brisa que me arrulla  
y calma mi desdicha,  
ese viento que arrastra mis ensueños.  
¡Esa distancia infinita!

## LUZ EXTINGUIDA

Tras 20 años de mina,  
silicoso y derrotado,  
he sido minero honrado  
—¿para qué?— ¡Para mi ruina!  
Cada mañana en neblina,  
cada amanecer sin luz  
no quise Cristo en la Cruz  
ni Calvario en semejante,  
sin embargo en el semblante  
llevo del mal el capuz...

Supe de la sangre rota  
sobre la cuneta y frente,  
y del minero valiente  
la entereza en la derrota.  
Del sudor que gota a gota  
va desangrando la raza,  
de la escasez de una baza  
que no llega a las cuarenta,  
y, ya perdida la cuenta,  
de una ley que nos rechaza...

## OTRO SALUDO A LOS MINEROS

Mineros: yo como vosotros soy minero;  
conozco bien el tajo y el testero;  
fui rampero...  
Hoy pico carbón; es a destajo,  
lo mismo que vosotros, sobre el tajo...  
No ciñe mi cintura cinto o faja  
cuando arranco las «posas» de la veta,  
y nunca la pereza me sujeta,  
ni el cansancio me hastia ni me raja...  
Jamás en el minero vi navaja  
y yo, como vosotros, no la uso;  
la navaja es el arma del iluso  
y ésta no nos sirve a los mineros.  
A nosotros nos basta la manguera  
unida al martillo de picar;  
en ella tenemos la bandera  
y en ésta el emporio de luceros  
que nos hace ser mineros y soñar...

Amigos: yo os saludo. Va mi mano  
a todos los mineros que lo son;  
a aquellos que una vez marcó el carbón  
del fondo tenebroso del arcano...  
tatuándolos sin fin el soberano  
poder de ese grisú que nos domina...

Amigos de la Tierra y de la Mina,  
arriba el corazón: ¡Esa es mi mano!

## CONTRA LOS FALSOS CANTORES

Ya basta de cantores de la mina  
que jamás en la mina trabajaron.  
No canten al carbón que no picaron  
ni a las noches de miedo y de neblina.

¡Que nos dejen en paz la bocamina  
y todo frente que jamás dejaron...!  
No pretendan cantar lo que mataron  
desde el fondo vital de una oficina.

Ya basta de cantores de escudilla  
o falsos paladines del trabajo...  
Y esa voz que en los pregones brilla,  
que no se manche con el pobre tajo  
minero de la noche y del escajo  
al que nunca llegó ni por la orilla...

